

EL ADOLESCENTE: UN EMERGENTE DE LA CONFLICTIVA FAMILIAR

Clara Kirmayer S.

ckirmayer@hotmail.com

Psicóloga Psicoanalista

Miembro de la Asociación

Escuela Clínica Psicoanalítica con

Niños y Adolescentes de Madrid

La adolescencia hoy en día está presente en múltiples debates, desde los sociológicos a los concernientes a la publicidad, al mercado de consumo, a la educación, al enfoque psicológico y al psicoanalítico.

Existen numerosos estudios que dan su visión de lo que es la adolescencia, de las dificultades que supone atravesarla y del papel que juega en ella todo el marco que la rodea: familia, amigos, sociedad.

Aquellos de nosotros que trabajamos con adolescentes nos enfrentamos a dificultades que pueden empezar desde el momento en que aparece un pedido de tratamiento, entonces y desde el psicoanálisis nos cuestionamos quién hace la demanda, si son los adolescentes, se trata de sus padres, de alguien de su entorno familiar, escolar o médico.

La pregunta que surge entonces es: ¿A quién tenemos que recibir primero, al adolescente, a sus padres, a todos conjuntamente?

Vamos a intentar responder a estos interrogantes revisando un pedido de psicodiagnóstico para tratar de vislumbrar cuales son los avatares por los que circulan los deseos, represiones, renecciones, forclusiones y fantasías tanto del adolescente como de sus padres. Entendemos por forclusión el mecanismo propio de las patologías psicóticas.

Sabemos que las distintas escuelas tienen diferentes enfoques en lo concerniente a la demanda de análisis. Algunas propuestas sugieren ver únicamente al adolescente y evitar el encuentro con los padres, otros solamente tener alguna entrevista preliminar con los padres, así como otros optan por tenerla conjuntamente con el adolescente.

El enfoque que propongo es el de ver en primer lugar al adolescente para poder establecer una alianza terapéutica con él de tal manera que pueda sentir que el espacio que se le propone es un espacio del que él se va a apropiar y que los padres estarán en ese espacio como invitados. A continuación tener entrevistas con los padres y poder hacer junto a ellos el recorrido por la historia familiar y la anamnesis.

La etapa de la adolescencia aparece delimitada y estudiada recién en el siglo XX. Con anterioridad el paso de la niñez a la edad adulta venía definido por la necesidad de sustento y de trabajo.

La adolescencia es una etapa precedida por la pubertad, etapa en la que se producen una serie de cambios tanto fisiológicos como psicológicos según iremos viendo.

La adolescencia empieza alrededor de los 13 años y se la conoce por adolescencia temprana, prolongándose hasta los 18 años y hoy en día mucho más, y todos tenemos pacientes o conocemos casos de adolescencia tardía que a veces se prolonga hasta la treintena o incluso nos encontramos con más de un “adolescente tardío” que ronda la cincuenta....

También hoy en día se cuestiona si la adolescencia tardía se prolonga mucho más que antes debido a diversos factores tales como la inserción del joven en el mercado laboral, el acceso a la plena autonomía e individualidad, el deseo de los padres de vivir una juventud perenne desdibujándose los límites entre el lugar que ocupan los padres frente a sus hijos. Tenemos que tener en cuenta que la adolescencia supone una revolución para los jóvenes, pero también para sus padres y todo el entorno que los rodea. Para Winnicott la

adolescencia solo dura un tiempo y el tiempo es su remedio natural. Según este autor solo hay que comprenderla y acompañarla. Pensamos que es así en el mejor de los casos, aunque hoy en día nos encontramos con conflictos, perturbaciones que demandan algo más que comprensión.

En psicoanálisis para entender la adolescencia tenemos que pensar en el narcisismo de las diferencias generacionales y por lo tanto con un concepto que en psicoanálisis es muy importante: el de castración.

Castración quiere decir que no todo es posible, quiere decir diferencias, quiere decir diferencia de sexo y de generaciones. Lo más importante de la castración en relación a la diferencia y a nuestro trabajo clínico, como señaló Freud en su artículo sobre la negación, es que solo se puede empezar a pensar cuando hay diferencia.

Cuando se produce una identificación entre deseo y objeto buscado, no hay pensamiento sino descarga. Freud también se refiere a esto en el Proyecto de Psicoanálisis y en el capítulo VII de "La Interpretación de los sueños", cuando habla de la primera experiencia de satisfacción.

En ésta primera parte voy a referirme a algunos aspectos de la adolescencia que de alguna manera se sabe pero que viene bien volver a revisar.

Es importante señalar que la definición de la adolescencia puede muchas veces estar impregnada por la ideología del autor.

¿Qué es la adolescencia? Muchos relacionan la adolescencia con una etapa de la vida que se caracteriza porque en ella el sujeto se enfrenta de una manera particular a aquellas cosas relacionadas con la falta. Desde esta perspectiva la adolescencia se relaciona con adolecer. Según el diccionario "Tesoro de la Lengua Castellana o Española" de Covarrubias "adolecer" es: Caer en alguna enfermedad de dolor. Así llamamos doliente al enfermo y dolencia la indisposición". Adolescencia en relación con adolecer ubica a la etapa del crecimiento en el lugar del dolor. En cambio en el Diccionario

etimológico de la lengua castellana de Corominas nos encontramos con la siguiente definición de adolescencia: "hombre joven, part, activo de adoleceré, "crecer". Si juntamos las definiciones de Covarrubias con la de Corominas podríamos decir que crecer es doloroso, hay algo doloroso en el crecimiento. Y para terminar María Moliner define a la adolescencia como: "edad de tránsito de la niñez a la edad adulta". Concepto interesante ya que tránsito implica camino, recorrido, viaje y también paso. Entonces desde el punto de vista de las definiciones que encontramos en los diccionarios podemos pensar la adolescencia, como dije antes, como una etapa en la que, con más virulencia que otras el sujeto se enfrenta a sus faltas, con particular intensidad y dolor. Se trata de un tránsito, una transformación que tiene que realizar para la que no existe un libro de instrucciones. Y cuando decimos tránsito hacia la vida adulta, entonces podemos preguntarnos: ¿cuando dejamos de crecer? ¿Qué es ser un adulto? Tal vez tengamos que pensar que el concepto de crecer también tiene una connotación ideológica. El concepto de adolecer se puede entender como carencia, falta, entonces, adolecer se refiere a lo que a uno le falta.

¿En qué consiste ese transitar desde la niñez a la edad adulta? ¿Cuales son las vicisitudes a las que se tiene que enfrentar el adolescente? ¿En qué consiste esa lucha tanto interna como externa que tiene que padecer, él así como los que lo rodean? ¿Qué quiere decir llegar a ser adulto? ¿Hay algún momento en que podemos pensar que ya no falta nada? ¿Qué es la falta?

Algunos autores como P. Bloss han definido la adolescencia como esa etapa de tránsito de duelo, en la que el joven se tiene que despojar del ropaje de su niñez, y en la que también se vuelve a enfrentar a toda la conflictiva edípica que en muchos casos se creía superada. Se produce lo que Freud llama la acometida del segundo tiempo de la sexualidad, en la que la sexualidad surge con más virulencia que en la infancia, pero que es una sexualidad marcada por la trayectoria que haya tenido en su infancia temprana. Es la etapa en la que más que nunca tendrá que enfrentarse a los requerimientos del Ideal del Yo, del Superyo, frente a las pulsiones que brotan y que pugnan por ganar terreno.

Tendrá que abandonar una vez mas ese lugar privilegiado de Yo Ideal para pasar de ser objeto a ser sujeto, para descubrir su identidad, su lugar, quién es mas allá de la pertenencia a una familia, mas allá de sus progenitores y qué quiere ser y donde se quiere ubicar.

Ya Freud en “La Novela familiar del neurótico” nos habla de la importancia del desasimiento de la autoridad familiar como un proceso necesario y doloroso del desarrollo, cuando esto fracasa nos encontramos con la neurosis.

EL proceso que tiene que efectuar el adolescente parte por un posicionamiento diferente al que tenía de niño, se tendrá que confrontar con la insuficiencia de la figura paterna lo cual le lleva a vivenciar un cierto desamparo, tendrá que pasar por momentos de búsqueda, apertura e interrogación. Va a tener que cuestionar su subjetividad, indagar acerca de su constitución o su disolución.

El adolescente se enfrenta con la caída de los ideales de los padres y la angustia de su propio desasimiento. Los padres de la infancia que estaban colocados en el lugar de héroes omnipotentes, sabedores de todo caen de ese lugar tan idealizado y son cuestionados, lo que produce desamparo y fragilidad.

En lo que están de acuerdo todos los psicoanalistas, tengan el esquema referencial que tengan, que han podido trabajar con adolescentes es que es fundamental cuestionarse el modo en que cada uno ha atravesado su propia adolescencia para poder intentar entender la de los pacientes. Solo de esa manera, reviviendo nuestra adolescencia y descubriendo que algo en nosotros continúa irresuelto, que también somos sujetos en falta, que adolecemos, solo entonces podremos escuchar a nuestro paciente adolescente.

También existe acuerdo en todas las teorías y autores que el transitar la adolescencia sin que se presente algún punto de fricción, inquietud, rebeldía, altibajo o enfrentamiento con las autoridades parentales, con el entorno, o con los valores sociales, de alguna manera ya representa en sí un síntoma a tener en cuenta en el futuro.

Aquellos adolescentes que se someten, que acatan sin cuestionar los valores y mandatos paternos, mas adelante presentarán algún síntoma o actuación que podrá surgir de forma explosiva al ser totalmente inesperado y repentino.

Entonces podemos cuestionarnos qué es mas problemático: ¿el adolescente que hace una crisis o el que la atraviesa aparentemente sin la aparición de ninguna crisis?

Entrar en la adolescencia representa el abandono de la infancia, del cuerpo infantil de un narcisismo que hasta ese momento colmaba la idea de un “cuerpo total”; no marcado por la castración, unas pulsiones que pugnan por salir, por hacerse oír muchas veces ante el desconcierto del joven que tiene que poder empezar a aceptar la alteridad, y es cuando puede empezar a buscar aquellos objetos externos, mas allá de la triangulación edípica que le ayudarán a situarse en la adultez encontrando su autonomía e individuación.

También nos tenemos que preguntar en que medida en la etapa fálica el niño no se enfrento ya desde otro lugar a ésta problemática. No debemos olvidar que éste no es el único momento en el que el sujeto hace crisis, o incluso sería interesante poder pensar que algo de la crisis de la adolescencia es una nueva vuelta de tuerca de los aspectos no resueltos del atravesamiento de la etapa fálica.

En la adolescencia se reactivan problemas no resueltos en la encrucijada edípica, pero en un momento diferente de desarrollo tanto psíquico como corporal.

Ya en “Tres ensayos” Freud habla del advenimiento de la pubertad que inaugura cambios que van a dar a la vida sexual infantil su forma definitiva normal.

El adolescente tiene que realizar un trabajo psíquico tópico, dinámico y económico que le ayude a modificar la autorepresentación que tiene de sí mismo, integrando la noción de cuerpo genital y de complementareidad de sexos. Habrá una pérdida narcisista y objetal, la pérdida narcisista está relacionada con la omnipotencia infantil y en el plano objetal la pérdida es el sacrificio de la relación incestuosa. La ganancia tendrá que ver con la castración que dará o no, acceso a la aceptación del otro como diferente y complementario.

La crisis de la adolescencia también viene sujeta a la familia del joven, a su entorno, a la forma de reaccionar de esos padres que en presencia del joven se sienten muchas veces turbados, desconcertados y no saben muy bien qué viraje y que posición deben asumir para preservar su lugar de padres idealizados y no convertirse como ocurre en algunos casos en colegas de sus hijos con tal de no perderlos y de no sentirse cuestionados.

Otros padres en cambio asumen posiciones de autoritarismo ya que ven tambalear su lugar de autoridad, de ley, y lo que consiguen es justamente lo contrario de lo que desearían, adolescentes mucho más rebeldes., con los que la convivencia supone un constante desencuentro y enfrentamiento o bien también conseguir adolescentes muy sometidos. Es preferible el rebelde porque cuestiona desde su mundo interno la ley del otro y es un modo de incorporarla, de terminar de constituir su superyo. En cambio para el sometido la ley es del otro, esta fuera y puede quedar aniquilado subjetivamente o bien como un psicópata sometido a la ley del otro sin su superyo, sin consciencia moral y por lo tanto puede terminar produciendo descargas pulsionales con la única preocupación de no ser sorprendido por la autoridad.

Esta problemática no resuelta del adolescente con los padres y la ley va a afectar no solo a la relación que el adolescente tiene en la transferencia con el analista sino que también convocará desde la contratransferencia los aspectos no resueltos de la propia infancia y adolescencia del analista.

El adolescente en la consulta en transferencia va a reproducir con el psicoanalista los conflictos que tiene con los padres y desde esta perspectiva va a reactivar los conflictos no resueltos del analista, creando una situación de peligro porque se pueden producir actuaciones contratransferenciales en las que el psicoanalista también puede colocarse en el lugar de amigo o de autoridad.

Cuando el adolescente cuenta con un medio familiar adecuado puede experimentar su crisis, así como los nuevos conflictos en relación a sus objetos y desplegar los mecanismos de defensa que le permitirán establecer un desarrollo emocional adecuado. En este sentido observamos que la adolescencia puede estar sembrada de dudas, desconciertos, pero también de transformación.

El objetivo es poder pasar por el desasimiento de las relaciones primarias y la tramitación del conflicto de separación, desilusión y fin de la omnipotencia infantil. Estos duelos bien tramitados permitirán el acceso a nuevas relaciones de objeto. Los cambios corporales, los duelos y exigencias socioculturales pueden producir efectos estructurantes y desestructurantes en el proyecto identificatorio. En el duelo se pierde al objeto y no hay identidad entre el objeto infantil y el objeto de la adolescencia, tiene que empezar un proceso de búsqueda que no resulta fácil ni inmediato.

La identificación es el modo principal en que el niño pequeño reconoce la subjetividad de otra persona y Freud en “ Psicología de las masas” nos dice que la identificación constituye el primer lazo emocional con otro sujeto.

Atravesar la adolescencia es una tarea tanto para el joven como para sus padres que de algún modo tienen que soportarla porque moviliza su propio atravesamiento edípico, y también los confronta con la aceptación de que ese hijo que les “pertenece” tiene que asumir y seguir su propio camino mas allá de sus expectativas.

Entonces nos encontramos con el duelo del adolescente que debe renunciar a su posición infantil, y el duelo de los padres que primero tienen que atravesar una función y después una posición frente al hijo ya que no es lo mismo ser padre de un niño que ser padre de un adulto.

La crisis también lo es para los padres, para la organización familiar, el hijo renuncia a los padres idealizados de la infancia y los padres deben efectuar toda una reacomodación que no resulta fácil, por mucho que en algunos momentos apelen a la autoridad “debes obedecerme porque soy tu padre”, ellos también se tendrán que enfrentar a la incertidumbre de su propia posición.

Como dice Bernardo Arensburg: los padres también tienen que enfrentarse con el hecho de no tener el hijo que les hubiera gustado ser y con no ser los padres que les hubiera gustado tener.

Para entender al adolescente tenemos que adentrarnos tanto en su historia como en su prehistoria, perdernos en ella para poder acceder a su reconstrucción.

Se habla mucho de lo que representa la adolescencia siempre referida a los jóvenes, sin embargo también los padres están implicados porque tendrán que ser capaces de soportar la primera confrontación de los adolescentes, muchos padres no quieren abandonar el lugar de padres omnipotentes y también ellos tienen que enfrentarse a su propia castración y cuestionamientos edípicos movilizadas por aquello que atravesaron en su propia historia.

Como dijimos antes, la adolescencia no es el primer momento de conflicto con los padres, incluso lo que hace singular este período es el hecho de reactivarse los conflictos no resueltos de la infancia.

Se trata de un momento de crisis porque los padres se enfrentan ahora a un sujeto al que ya no pueden dominar, tienen que enfrentarse en algunos momentos a la pérdida de autoridad, y al sujeto que no pueden dominar en sí mismos, en ellos se reactivan también elementos del complejo de castración

no resueltos, sentimientos de impotencia frente al hijo. En éste sentido también se puede hablar de duelo tanto en relación a los padres como a los hijos. El duelo en los padres se produce a nivel narcisista y del ideal del yo. Se trata de un ajuste también para los padres que deberán empezar a ver a su hijo como un adulto. También podemos pensar que los padres sienten rivalidad frente a los hijos, especularmente se reactiva en ellos su propia sexualidad, celos, envidias, algo también se moviliza en lo concerniente al complejo de Edipo de los padres, así nos encontramos con madres que reprimen y atacan a sus hijas, o madres que sacan por ejemplo sus minifaldas y se quieren identificar con sus hijas marchosas, o padres que tienen actuaciones tales como cambiar su vestimenta de acorde a la de los hijos, comprarse motos o querer salir de fiesta con ellos. Recordemos que los padres se encuentran en una etapa de la vida en la que empiezan a vislumbrar que muchos de sus sueños, anhelos juveniles, proyectos ya no son realizables, y se enfrentan a sus hijos que justamente se encuentran en el inicio de proyectos, de nuevas perspectivas, y este verse en un lugar tan opuesto y diferente suscita en muchos padres sentimientos de rivalidad y competencia frente a los hijos.

Los padres se enfrentan en muchos casos a lo que tradicionalmente se conoce como “nido vacío”, aun cuando los hijos tarden en salir de casa para independizarse, los padres son cada vez mas conscientes de no ser imprescindibles y necesarios para los hijos, y aquellas madres que habían focalizado todas sus inquietudes en sus hijos se enfrentan en muchos casos a depresiones y sentimientos de vacío, y algunos padres optan por construir o inventarse nuevas formas de vida al no poder soportar lo que se les ha venido encima.

Cuando se plantea la crisis de la adolescencia no solo debe ser analizada desde el punto de vista de confrontación, cuestionamiento, duda, angustia, paso al acto, o rebeldía, también se trata de una posibilidad de cambio, de transformación de movimiento y en muchos casos de creatividad, siempre que no se coarten las expresiones y manifestaciones del acaecer psíquico por el que están atravesando. Entonces podemos entender la adolescencia como un período en sí mismo.

La adolescencia simboliza un cambio de ropaje, de piel, se abandona el mundo ideal y protegido de la infancia para entrar en el de incertidumbre, búsqueda y cuestionamiento, es el alejamiento de la certeza, de considerar a los padres, profesores, sociedad como incuestionables, sabedores de la verdad y omnipotentes; en ese tambaleo en el que se encuentra el adolescente puede encubrir su propia impotencia con un ropaje de omnipotencia y de sentimientos de superioridad frente a su entorno, encubriendo en el fondo dolorosos sentimientos de inseguridad.

Han perdido un lugar privilegiado y se encuentran en un lugar de transición en el que el camino se muestra incierto, viéndose muchas veces forzados a tomar decisiones para las que no están preparados, estacándose muchas veces o pasando a tomar posiciones de apatía, pasividad y pasotismo, también puede comenzar a enfrentarse al fracaso de los padres en su propia realización de los deseos que tuvieron en la adolescencia y en la búsqueda de lo que desean pero aún no pueden conseguir destituir a los padres al salir en búsqueda de nuevos ideales que puede encontrar en personas ajenas a su marco de referencia familiar, tales como sus propios pares, profesores, deportistas, que si han logrado alcanzar lo que deseaban, frente a los padres que en algunos aspectos aparecen como frustrados ante la mirada crítica y muchas veces descalificatoria del adolescente.

En su estructura psíquica se enfrentan a un conglomerado de pulsiones que pujan por salir, una sexualidad que en ocasiones les desborda y a la que tienen que encontrar cauces adecuados de expresión. Nos encontramos con adolescentes que a los 16, 17 años se sienten mal por no haber tenido relaciones sexuales, la presión del grupo es tal que se ven arrastrados a situaciones que no desean, todo por ser aceptados y por sentirse parte de un grupo. Han necesitado soltarse de la autoridad paterna y familiar para buscar refugio en sus pares, es el momento de la inauguración del pensamiento abstracto, donde surgen los grandes planteamientos filosóficos, los grandes interrogantes sobre su lugar en el mundo, su pertenencia, momento de elección, y de rechazo a lo que los padres y la sociedad representan.

Sabemos desde Freud que la adolescencia es el momento en el que se reactivan fantasmas edípicos infantiles a los que ahora sí pueden dar respuesta.

En la adolescencia se produce una reorganización de la subjetividad. Podemos considerarla como una etapa entre los sueños de la niñez y las realizaciones del adulto, etapa en la que se desvelan aquellos aspectos fracasados de la generación que le precedió.

En la adolescencia la búsqueda de la propia identidad esta siempre presente, la identidad que también se puede entender como un proceso que en su primera fase representa el júbilo del bebé frente al espejo al reconocerse. En la adolescencia se cuestionan los ideales sociales, culturales.

Para Piera Aulagnier el proyecto identificatorio parte de la elaboración trabajosa de la castración y es esencial para el sujeto humano. Para atravesarla es fundamental la historización simbolizante y la proyección hacia lo porvenir.

Como dice P. Aulagnier: La madre, la pareja en su discurso y su deseo preceden la llegada del hijo por un lado y por el otro nos encontramos con el marco social donde se va a encontrar.

El aporte freudiano en este sentido radica en el lugar y la función que asignará al deseo tanto en la organización de nuestro mundo, como en el campo social que nos rodea.

La construcción de su identidad confronta al sujeto con el deseo y lo prohibido.

El adolescente tiene que transitar el camino de la separación, del desapego de los padres como referentes, como figuras omnipotentes, para poder hacerlo

se tiene que volver a enfrentar a la encrucijada edípica, y dependiendo de la resolución mas o menos exitosa podrá avanzar en el camino hacia la madurez.

Las turbulencias de la etapa adolescente como hemos visto incluyen tanto al adolescente como a sus padres, aunque solo se enfoque muchas veces la violencia del joven y no la de sus mayores. Los padres muchas veces ejercen sobre el hijo poder y dominio y no será posible crecer, como dice Kancyper ni desprenderse de los objetos sino se atraviesa por los desfiladeros de la desidealización.

El adolescente se caracteriza por la doble imagen que presenta: por un lado la de un adulto crecido y por otro conserva aspectos infantiles viéndose a sí mismo muchas veces sumergido en la lucha constante entre recuperar la dependencia infantil y el pasaje a ubicarse como adulto frente a la vida.

El enfoque de A. Bracconier sitúa la adolescencia como una crisis en la que se articulan sucesivamente síntomas ansiosos y síntomas depresivos ligados a representaciones angustiantes dolorosas y conflictivas debido a la separación de los objetos parentales o también de búsqueda de nuevos objetos y vínculos sexuales.

Se puede observar una búsqueda incesante de nuevos representantes del objeto original y pueden aparecer conductas adictivas graves o conductas sexuales desordenadas.

Los padres representan para el niño las figuras omnipotentes, sabedoras de todo, protectoras e incuestionables, y es en la pubertad cuando todo este planteamiento se subvierte, se empieza a cuestionar a los padres no solo en su condición de adultos sino también como representantes de la paternidad y de la maternidad.

Los padres aparecen ahora como mortales, frágiles y cuestionados, el adolescente cambia su mirada y los ve con sus defectos y carencias, como dioses caídos, en ese pasaje el adolescente se encuentra perdido. Como dice

J. Rassial en su libro: "El pasaje adolescente, de la familia al vínculo social" el adolescente empieza a dirigirse a sus padres desde tres aspectos: la demanda, la contradicción y la imitación.

Nos preguntamos también qué ocurre con los padres cuando a menudo se tienen que enfrentar a una demanda voraz, y exagerada, en esos casos deberían saber que no se trata de responder a ella de una forma directa, ya que ésta muchas veces es ambigua, y lo que en realidad desean sus hijos es ser escuchados, reconocidos.

En cuanto a la contradicción la observamos tanto del lado de los padres como de los adolescentes, los padres no saben como tratar a ese joven que exige ser tratado como adulto cuando se comporta como niño, también los padres tienen contradicciones internas y esto aparece en su discurso donde dicen una cosa y hacen otra, ahí aparece la rebeldía, la pasión y la búsqueda de la utopía por parte del joven.

También es interesante cuando nos encontramos con los jóvenes en la consulta, observar, si no están de alguna manera actuando algún aspecto de sus padres cuando éstos fueron adolescentes, ya sea en la adscripción a una ideología, o incluso se puede observar intentos de suicidio en adolescentes cuyas madres atravesaron episodios depresivos, adhesión a toxicomanías cuando tal vez los padres tuvieron adicciones a medicamentos, o conductas delincuentes cuando el padre pudo tener una posición ambigua frente a la ley. Se trata de poder diferenciar entre lo que se puede enseñar y lo que se transmite.

Según Freud la herencia arcaica del ser humano no abarca solo predisposiciones sino también contenidos, huellas mnémicas de lo vivenciado por generaciones anteriores. Nos dice Freud: "Lo que los individuos o los pueblos olvidan están condenados a repetir". Al ser la adolescencia la época de proyección al futuro, requiere un movimiento, poder ligar los tiempos, apropiarse del pasado generacional en tanto ideales, creencias, valores, tradiciones para que en la eclosión conflictiva pueda producir futuro.

El adolescente tiene que poder traducir la historia de sus antepasados hacerla suya en sus propios términos. Esta traducción supone “traición”, crear lo nuevo a partir de lo viejo, Freud parafraseando a Goethe decía. “Lo que has heredado debes conquistarlo para poder hacerlo tuyo”. Subvirtiendo, traduciendo la historia, el adolescente se podrá apropiarse de ella, y el no poder realizar esa traducción, el que de alguna manera esté prohibido hacerlo devendrá síntoma y repetición. Las historias familiares siempre encuentran su modo particular de transmisión.

Entonces cuando veamos la importancia en el tratamiento de un adolescente de las entrevistas con los padres, tendremos que esclarecer con ellos aquellos aspectos que puedan evocar de su propia adolescencia para poder intentar entender la del hijo, hacer un recorrido por su propia historia por su lugar como hijos, su lugar en la prehistoria familiar para entender su posicionamiento y funcionamiento.

Los padres al tener que efectuar un cambio de lugar pierden ciertas referencias de su propio yo. También los padres necesitan un trabajo de reconstrucción del yo apoyándose en identificaciones pre parentales y teniendo en cuenta la realidad exterior.

Los padres tienen que intentar contener y al mismo tiempo poder separarse del hijo, este trabajo psíquico que no es fácil es lo que corresponde a los padres, intentar encontrar el equilibrio entre la necesidad del adolescente de ser protegido y de ser contenido.

Como dice J.Jaques Rassiál: “Ayudar al adolescente consiste menos en proponerle respuestas que en aceptar tomar en serio sus preguntas, permitiéndole formularlas en su discurso antes que el se precipite en actos, ahí nos damos cuenta que hemos compartido esas mismas preguntas éticas y que ellas cuestionan nuestras antiguas elecciones”.

En la adolescencia se trastornan el yo, los ideales y el mundo de la infancia, se produce la descalificación de los padres, se busca un modelo adulto, se constata el fracaso de la promesa edípica que resulta ser engañosa.

Es necesario salir del lugar familiar y lograr el lazo social que va a exigir una nueva construcción identificatoria.

Freud en “El malestar de la Cultura” propone una distinción entre el super yo de origen parental y el super yo cultural. El super yo de origen parental es la vez prohibitivo y benévolo.

Al constatar en esta etapa lo engañoso de la promesa edípica, descubre que se trataba de una promesa imposible. Hacerse mayor, como los padres, dejar atrás el estatuto de niño exige una imagen corporal que la pubertad ha modificado, cambia su valor y su estatuto. Se trata de un momento de identificación donde se verifica el fallo del otro, momento de descubrimiento de que los padres no son fundadores sino transmisores, descubrimiento de estar capturado en una cadena de generaciones.

Kancyper nos habla de 4 ejes principales en la adolescencia: El momento privilegiado de la resignificación retroactiva, la confrontación generacional y fraterna; el reordenamiento de identificaciones y el campo dinámico, la reestructuración narcisista, edípica y fraterna. Según este autor: “Lo que se silencia en la infancia se manifiesta a gritos en la adolescencia”.

En esta fase se resignifican las situaciones traumáticas anteriores y se desata un recambio estructural en todas las instancias de su aparato anímico.

La resignificación consiste en intentar por medio de la interpretación, la construcción y la historización extraer una comprensión nueva del evento enigmático ocultado.

La historia del adolescente nace antes de su nacimiento biológico, hay un orden simbólico previo a su nacimiento y ese orden, es el lugar que ocupa el

hijo en la fantasmática individual de cada uno de sus progenitores y de la pareja. A veces de forma inconsciente, y otras conscientemente se le atribuyen modelos de identificación por ejemplo con un hermano, con un abuelo, y en ese sentido es interesante preguntarnos por el nombre, muchas veces viene cargado de peso y muchas veces también a nivel inconsciente la elección del nombre puede tener significado.

El adolescente se debe enfrentar a su incompletud, batalla narcisista que sacude las instancias del yo, del ideal del yo, del yo ideal, del superyo y prelude una reestructuración necesaria.

Se instala – nuevamente – la problemática de la castración, de la bisexualidad, de la castración simbólica, se trata de poder soportar la incompletud, la diferencia tanto en el sistema narcisista intrasubjetivo propio como en el sistema narcisista intersubjetivo de y con los padres.

La tarea que tiene que realizar es tolerar el duelo por un lado y revisar los patrones establecidos para poder formar sus propias opiniones, ideas e ideales que configuren su propia escala de valores y no la que hasta entonces se le había impuesto desde afuera, para lograrlo primero tiene que alejarse de lo que hasta ese momento le daba seguridad: sus identificaciones parentales y su ideal del yo.

En la adolescencia se vive como un desgarramiento la pérdida de la fantasía de alcanzar a través de la fusión el amor eterno e inmutable de la persona que fue una parte de sí mismo. La renuncia del “infans” es una desidentificación, ya no existe el sostén imaginario de los padres como salvadores sobrevalorados ni del hijo idealizado y mesiánico para los padres. La desidentificación, la culpa y la necesidad inconsciente de castigo viene acompañada de sentimientos de pánico, horror, incertidumbre, vacío y muerte.

Según Kancyper, cuando la resolución de los remordimientos y los resentimientos inherentes a la adolescencia fracasan, en los casos mas graves

puede dar lugar a estados de desestructuración psicótica, severas depresiones, acting outs, inhibiciones y síntomas obsesivos.

Para este autor es necesaria la confrontación generacional para adquirir una identidad individual y social.

El desasimiento de la autoridad paterna y fraterna es una operación necesaria, a la vez que angustiante para el desarrollo humano, en los casos de relaciones narcisistas puede ser negado, en esos casos no se vivencia al otro como diferente o separado, de esta manera se garantiza la omnipotencia y la inmortalidad de los padres y la cohesión familiar.

Es preciso que el adolescente rechace ciertas identificaciones para poder acceder a otro nivel de identificación que le permitirá alcanzar una posición independiente. Hay un primer momento de rechazo de aquello proveniente de los padres, en un segundo momento se accede a cierta autonomía y en un tercero se puede alcanzar una posición de esperanza y renacimiento.

Separarse de los padres para posteriormente reflejarse en ellos en aquellos aspectos que ha conseguido hacer suyos, esto solo será posible si los padres también lo permiten, no asumen ellos posiciones infantiles o adolescentes que impiden la necesaria confrontación generacional.

Mediante un proceso analítico muchas veces el adolescente podrá efectuar un cambio estructural mediante la elaboración. Según La Planche y Pontalis la elaboración es el proceso mediante el cual el analizante integra una interpretación y supera las resistencias que ésta suscita. Se trata de un trabajo psíquico que permite al sujeto aceptar ciertos elementos y librarse del dominio de la insistencia de los mecanismos repetitivos.

El psicoanálisis permite al adolescente desmontar las imágenes narcisistas que tiene de sí mismo, que le son desconocidas por factores inconscientes. Poder acceder a ellas, y conseguir una reestructuración de esas imágenes, de la misma manera en que se intenta reestructurar su biografía para poder

transformarla en su propia historia para que pueda ser responsable de su vida y no una víctima de su destino.

Kancyper reconoce dos tiempos de identificación: un primer tiempo que transcurre mudo y un segundo tiempo que da significado al primero y que opera a posteriori.

Para este autor, conocer el mito de los orígenes es una necesidad estructurante porque solo así se podrá reconocer y diferenciar las historias secretas de las generaciones que le precedieron.

Kancyper resalta la importancia de la metapsicología transgeneracional, señala la relación entre duelo, resentimiento y repetición.

Cuando lo que está presente es el resentimiento, el rencor que promueve fantasías e ideales destructivos, no se puede olvidar,.

Según Kancyper el resentimiento como el remordimiento deben atravesar un lento trabajo de elaboración para posibilitar un proceso de duelo pasar de la memoria del rencor a la memoria del dolor. Se trata de abandonar el lugar de víctima que reclama, castiga - y sobre todo se castiga a sí mismo – y acceder a construir su propia historia como agente activo y responsable, y no como reactivo a un pasado que no puede olvidar ni perdonar.

Por lo tanto para poder atravesar el período de la adolescencia sin secuelas es fundamental poder realizar la confrontación generacional y fraterna.

Se trata de poder desasirse de las identificaciones y las creencias parentales y reordenar un proyecto desiderativo propio, condición necesaria para acceder a la plasmación y el mantenimiento del proceso de identidad.

Cuando nos enfrentamos en la consulta a una demanda por parte de un adolescente, no podemos evitar una reflexión particular en cada caso ya que cada caso es singular y nos tenemos que formular una serie de interrogantes y

cuestionamientos: ¿Quién hace la demanda? ¿Quién ha identificado que algo no marcha bien en el adolescente y recomienda la consulta? ¿Se trata de un profesor, los padres, el médico, un familiar o el propio adolescente?.

Otra pregunta que nos solemos hacer es: ¿A quién se debe recibir en primer lugar? ¿Va a ser importante si vemos al adolescente antes que a sus padres? ¿Es necesario ver a los padres o como en el tratamiento de un adulto únicamente vamos a tratar con el adolescente? ¿Debe venir el adolescente con sus padres o solo? Todos estos interrogantes han planteado múltiples discusiones y cada marco conceptual tiene distintas propuestas.

Al igual que en el psicoanálisis de niños existen distintos enfoques en relación al lugar que ocupan los padres en el tratamiento de los adolescentes. Algunas escuelas psicoanalíticas relegaban el lugar de los padres únicamente al papel de transmisores de la anamnesis, e incluso la escuela kleiniana consideraba a los padres como obstáculos para el tratamiento de los niños, otros como Ana Freud daban a los padres un lugar importante ya que la labor para ejercer también tenía un matiz pedagógico.

Si pensamos que los padres tienen un papel muy relevante en la constitución de la subjetividad del niño es crucial escucharles, tanto en el tratamiento infantil como en el de los adolescentes, ya que vamos a tener en cuenta no solamente lo que los padres nos dicen acerca de los síntomas del hijo, los conflictos por los que están atravesando, sino también aquello que le han transmitido de alguna manera y que está exteriorizándose en la sintomatología del joven.

De acuerdo a mi experiencia profesional considero que es conveniente ver al adolescente siempre en primer lugar, salvo en los casos en que por su parte haya ciertas dudas o resistencias a venir. Es importante ver al adolescente en primer lugar, a diferencia del psicodiagnóstico de los niños ya que de esta manera evitamos que tenga la fantasía de que estamos tomando partido por sus padres o de que nos basamos en la versión del conflicto que traen ellos sin

escucharle a él. Temen que tengamos una idea preconcebida de su padecer y probablemente reaccionen negativamente desde el principio.

Si vemos en primer lugar al adolescente, lo escuchamos le explicamos en qué consiste el psicodiagnóstico, la regla del encuadre, del secreto profesional, probablemente podamos notar un atisbo de confianza absolutamente necesario para que tanto el psicodiagnóstico como el futuro tratamiento psicoterapéutico tengan sentido y sean eficaces.

En ocasiones nos encontramos con adolescentes que son ellos los que hacen la demanda de tratamiento y dependiendo del grado de madurez, autonomía e independencia que tengan no es necesario tener entrevista con los padres. Sin embargo, también en esos casos cuando se realiza el encuadre una de las advertencias que según el tipo de patología que presenten considero necesario realizar, es decirles que en caso de situaciones de peligro, de acting outs extremos, tendré que ponerme en contacto con los padres. Nunca sin antes advertirles de que van a ser convocados.

Sabemos lo importante que son las primeras entrevistas y el psicodiagnóstico para que el tratamiento tenga éxito.

Si nos manejamos con ambigüedad, si no somos claros con el encuadre todo esto repercutirá en futuros acting outs y en situaciones difíciles de manejar.

Aquellos de nosotros que también vemos niños sabemos que son los padres los que traen al niño al tratamiento y éste aún cuando no es del todo consciente de su malestar o conflicto acepta por lo general las normas y las indicaciones.

No ocurre esto con los adolescentes, aún en los casos en que no son ellos los que deciden emprender un tratamiento psicoterapéutico.

Tienen que estar en disposición de realizarlo, no basta con el deseo de sus padres, profesores o médico, tiene que ser él mismo el que si no llega a formular el deseo de tratarse, y viene a regañadientes, llegue a mostrar interés, manifieste su deseo de cuestionarse acerca de lo que le está pasando y pueda establecer una transferencia positiva con el terapeuta para que el tratamiento se pueda realizar.

En algunos casos son los padres los que angustiados piden entrevistas de esclarecimiento y podemos encontrarnos con situaciones en las que no es necesario ver al adolescente, que se trata de orientar a los padres para que cuenten con las herramientas necesarias para enfrentarse al atravesamiento de la adolescencia por parte de sus hijos.

En algunos casos nos podemos encontrar con la demanda directa del adolescente; en esos casos y teniendo en cuenta su grado de madurez, de implicación, de autonomía e independencia valoramos si es conveniente o no convocar a los padres para el proceso diagnóstico.

En este sentido también nos podemos cuestionar acerca de nuestro lugar como terapeutas, detalles del encuadre, de la forma en que se recibe al adolescente, del uso del tuteo o no, de la situación en que nos ubicamos dentro de la consulta, pueden parecer superfluos, pero no lo son. Podemos encontrarnos con adolescentes que se sienten incómodos para hablar frente a frente, con el escritorio en medio, otros pueden formular la necesidad de acomodarse en el espacio de otra manera, ya sea sentándose en el suelo, o incluso necesitando en algunos momentos evitar nuestra mirada cuando se trata de verbalizar aquello que les resulta delicado o vergonzante.

Cuando recibimos la demanda de tratamiento para un adolescente al igual que para un adulto o un niño, ya es importante poder fijarnos en la modalidad que utiliza el padre o madre cuando por ejemplo efectúa la llamada telefónica; prestar atención al lenguaje que utiliza para describirnos los síntomas del hijo, si habla más del sufrimiento del hijo o de su propio malestar o de sus sentimientos en cuanto a presentarse como la víctima del maltrato del hijo o de

figurarse que el funcionamiento mental del hijo es la manera que encuentra para agredir o vengarse de los padres.

“Ya no le aguanto, no sé que hacer con él, es que es insufrible”, son modalidades que utilizan los padres al hacer la demanda de tratamiento.

Muchas veces nos encontramos con adolescentes que no tienen nada que ver con lo que los padres nos han descrito, de ahí la importancia de escuchar tanto a los padres como al adolescente, para poder hacernos una idea lo mas cabal posible de todas las vertientes que se juegan en el modo de relacionarse de esos padres con ese hijo.

Nos podemos encontrar con padres angustiados ante las demandas de los hijos adolescentes y a éstos con una falta absoluta de referentes, de valores.

Algunos padres deseando complacer a los hijos en todo lo que esperan de ellos en ocasiones encuentran dificultades en transmitir un sistema coherente de valores, de identificación y se presentan como modelos arbitrarios, ambivalentes y confusos.

Nos encontramos a veces con padres que acuden al psicoanálisis como tabla de salvación ante su propia desesperación, y al igual que con el tratamiento de los niños, habrá distintas modalidades de interacción con esos padres y con lo que cada uno de ellos espera del tratamiento.

Padres que piden ayuda son padres heridos en su narcisismo, no sólo por tener que enfrentarse a no tener el hijo con el que soñaron, sino también a esperar del otro, del terapeuta que consiga aproximarse a ese hijo de la forma en que ellos no pudieron.

Durante el tratamiento nos podemos encontrar con padres que rivalizan, que cuestionan o manipulan el tratamiento ya sea a través del olvido de las sesiones, de las citas, de la modalidad de pago, y a pesar de que la demanda proceda de la angustia y preocupación de los padres, a pesar de que necesitan

confiar en nosotros como terapeutas para ayudar a sus hijos, inconscientemente pueden llegar a boicotear el tratamiento e interrumpirlo cuando gracias a la terapia se produce la separación de ese adolescente de sus padres.

Por un lado se espera que les ayudemos a crecer y madurar pero por otro se desea que sigan sometidos a sus deseos.

La primera entrevista es conveniente realizarla con el adolescente, porque nos permite dilucidar si se trata de un adolescente bloqueado, sometido, muy adherido a la neurosis circulante en su familia o por el contrario si se trata de un adolescente que se encuentra imbuido en su propio transitar con una conflictiva de confrontación generacional en la que va a ser suficiente con tener las entrevistas con él y empezar el tratamiento directamente sin ver a los padres.

Dependiendo de sus características, de su edad, de su momento vital decidimos si vamos a tener entrevistas también con los padres o no.

En síntesis el psicodiagnóstico nos ayuda a entender todo el entramado familiar en el que se encuentra el adolescente y en ese recorrido que hacemos por su historia, por su prehistoria, incluso en las entrevistas de devolución nos podemos encontrar con la revelación por parte de los padres de aspectos que eran desconocidos para nosotros y que pueden llegar a ser fundamentales para el tratamiento posterior. Podemos hacernos una idea bastante cabal del modo en que los padres desempeñan las funciones materna y paterna, de las alianzas, transmisiones inconscientes y roles que se juegan en ese atravesamiento adolescente que puede muchas veces ser una travesía difícil pero también creativa enriquecedora.

BIBLIOGRAFIA

P.Aulagnier: *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Amorrortu, 1977

P. Aulagnier: *Qué deseo de qué hijo*. Buenos Aires, Revista Psicoanálisis con niños y adolescentes nº 3, 1995

A. Braconier: *Emergencias ansiosas en la adolescencia* Revista Psicoanálisis con niños y adolescentes, nº 9 1997.

A. Braconier: *De la infancia a la adolescencia*. Barcelona, Urano, 1991

F. Dolto: *Palabras para adolescentes*. Buenos Aires, Atlántida, 1989.

S. Freud: *Tres ensayos de teoría sexual*, Buenos Aires, Amorrortu, Tomo VII, 1976.

S. Freud: *Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras*, Buenos Aires, Amorrortu Tomo XII, 1980.

S. Freud: *El malestar en la cultura*. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XXI, 1986.

S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XVIII, 1979.

S. Firpo y otros: *Clínica psicoanalítica con adolescentes*. Buenos Aires, Homo Sapiens, 2000.

L. Kancyper: *Adolescencia: El fin de la ingenuidad*. Buenos Aires, Lumen 2007

E. Kalina y H. Grynberg: *Hablando con padres de adolescentes*. Buenos Aires, Ippm, 1985.

Laplanche J. y Pontalis J.B. *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, Labor, 1974

O. Mannoni y otros: *La crisis de la adolescencia*. Madrid, Gedisa, 2001

M. y R. Rodolfo: *Clínica psicoanalítica con niños y adolescentes*. Buenos Aires, Lugar, 1992.

D. Schoffer: *La función paterna en la clínica freudiana*. Buenos Aires, Lugar, 2008.

M.C.Rother Horstein (comp): *Adolescencias: Trayectorias turbulentas*. Buenos Aires, Paidós, 2005.

J. Jaques Rassi: *El pasaje adolescente, de la familia al vínculo social*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1999.

